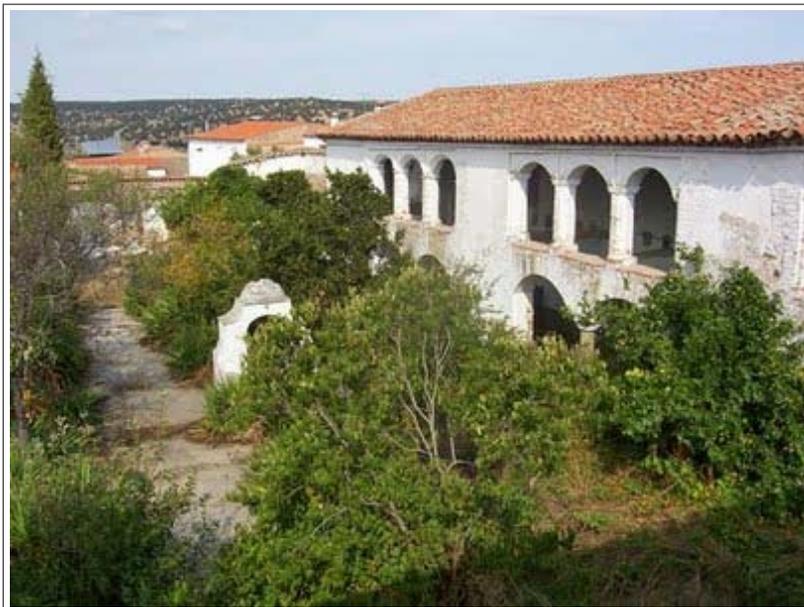


"El lilar de las monjas" o como el relato estropea la realidad

0



Huerto del Convento de la Concepción de Pedroche.

El escritor leonés Julio Llamazares ha publicado recientemente *Tanta pasión para nada*, una colección de cuentos en la que, como suele, se alternan procedimientos narrativos y contenidos muy diversos. Uno de los relatos que componen el libro está dedicado a Alejandro López Andrada y se titula "El lilar de las monjas" ([leerlo aquí](#)), redactado, a mi parecer, como una simple crónica periodística sin mucha inspiración.

En "El lilar de las monjas", el autor cuenta su viaje casual a un "pueblo de Andalucía" de cuyo nombre no se acuerda, pero que describe así: "en lo alto de una colina, arracimado como un enjambre de flores blancas y rojas (blancas por la cal brillante y rojas por los tejados, de barro árabe muy antiguo) a la sombra del castillo y la torre de la iglesia y dominando el mar de dehesas que cubría toda la llanura hasta donde la vista podía alcanzar". No obstante las licencias literarias, enseguida descubrimos que el pueblo en cuestión es Pedroche, "de estrechas calles, con caserones decimonónicos y plazas llenas de limoneros", un pueblo en el que el viajero distingue "su antigüedad, así como su decadencia".

coliter



Por sugerencia del alcalde del pueblo, el cuentista y su anfitrión acudieron a visitar el antiguo convento de clausura, un edificio ahora abandonado por las monjas y que, según el autor, estaba siendo objeto de su "demolición" para convertirlo en un hotel: "el interior del convento era un auténtico zafarrancho en el que, en lugar de armas, se usaban mazos y picos". Lo que le contaron al forastero fue, poco más o menos, que las monjas hubieron de abandonar el edificio urgidas por sus necesidades y que el ayuntamiento de la localidad, lleno de analfabetos sin escrúpulos, había entregado el edificio a la especulación inmobiliaria que estaba procediendo a arrasar en él cualquier vestigio de historia: "la construcción del hotel que sustituiría al convento seguramente no respetaría aquel sitio en el que durante cinco siglos encontraron sepultura y su



destino las monjas que lo habitaron". A pesar de la brevedad del relato, se insiste varias veces en la escasa sensibilidad manifestada en la

ejecución de las obras: "los antiguos objetos conventuales, incluidos los religiosos, se apilaban o rodaban entre el polvo y hasta las cacerolas de la cocina y el torno que durante siglos comunicó a las monjas con el exterior permanecían entre los escombros".

Convenimos en que la intención del autor al escribir este relato trasciende la mera anécdota particular del caso en concreto (para lo que Llamazares se abstiene de citar al pueblo con su nombre o se permite la licencia de ubicar en él un castillo), buscando una enseñanza más general de las vidas que se fueron, una metáfora sobre el paso del tiempo y el futuro que nos aguarda. El lector es condescendiente con el autor y acepta su licencia, la de convertir la restauración de un edificio histórico en una demolición, en favor de la creación literaria, que precisa modificar la realidad para adaptarla a las necesidades expresivas y persigue conmover mediante la plasmación de comportamientos agresivos que exciten la emotividad.

El problema viene cuando se pretende convertir en certeza esa distorsión de la realidad. En varias entrevistas periodísticas el autor se ha referido al fondo auténtico que sustenta su relato. En el diario **ABC del pasado 3 de marzo** Julio Llamazares afirma: "el cuento que está situado en Córdoba salió de una imagen, de un lilar florecido en el patio de un convento que estaban derribando". Hay más ejemplos, con los que el lector no puede ser tan indulgente, pues en tales declaraciones no hay ya una intención literaria, sino una interpretación de la realidad. Una interpretación errónea, en la que, tarde o temprano, acabará apareciendo el nombre de Pedroche y el del alcalde, paradigma de la inculta España profunda, que derribó un convento centenario para construir un hotel. Quizás a Julio Llamazares nadie se lo dijo, pero hubiera debido saber que el Ayuntamiento de Pedroche no estaba demoliendo el antiguo convento de la Concepción, sino **salvándolo de la ruina y la destrucción**. Que el edificio centenario no ha sido víctima de la especulación inmobiliaria, sino liberado de ella. Que fueron, precisamente, **las monjas quienes quisieron vender el inmueble a un constructor** para edificar viviendas sobre el compás, la biblioteca y el cementerio. Y que **fue el Ayuntamiento el que lo rescató** para el disfrute general de sus ciudadanos, para sacarlo del hundimiento y entregarlo de nuevo a su pueblo adaptado para usos turísticos y culturales. Todas estas cosas alguien, quizás el anfitrión, tuvo que habérselas dicho al viajero, al escritor, y quizás entonces el cuento hubiera sido otro. Y quizás, entonces, el nombre de Pedroche no hubiera sido aunado con la barbarie sino con la civilización.



VIERNES 17 DE JUNIO DE 2011

Convento de la Concepción (Pedroche)



Empedrado del siglo XVII recuperado durante las obras

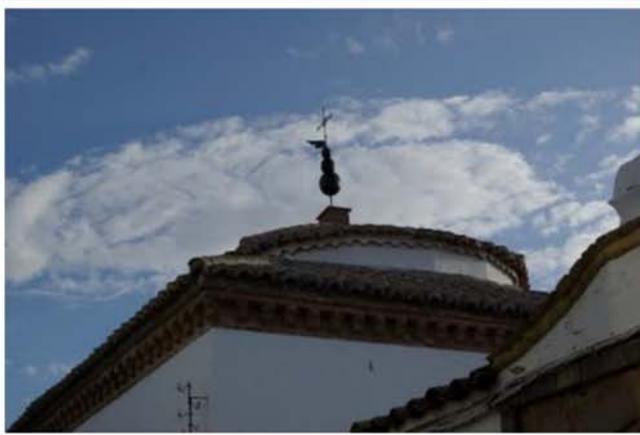
A través de una [entrada](#) publicada en Solienses he conocido el relato en el que Julio Llamazares habla de las obras en el Convento de la Concepción de Pedroche (texto íntegro en [Solienses](#)). Una pena, y una vergüenza. Poco puedo añadir a los acertados comentarios de Antonio Merino sobre un texto basado en una información totalmente errónea para el que no me sirven como disculpas las supuestas "licencias literarias" del autor. Porque me parece muy grave que, con el enorme esfuerzo realizado por el Ayuntamiento de Pedroche para conseguir la conservación del convento, se difunda de manera irresponsable la idea de que lo están derribando para construir un hotel.



Actual acceso al convento, citado por Llamazares

No me detendré en comentar la historia del convento, perfectamente recogida en la [biblioteca histórica de Pedroche en la Red](#) que incluye un completo [dossier de prensa](#). Tampoco en el desarrollo del proceso de compra y recuperación del edificio, que como siempre ha ido siendo cabalmente

narrado por esa gran crónica de la cultura en Los Pedroches que es Solienses: desde las [dudas](#) surgidas por el intento de venta a un constructor en el año 2005 hasta el reciente [descubrimiento](#) del empedrado original al que corresponde la foto inicial de esta entrada, pasando por en [anuncio de su compra](#) por el ayuntamiento, las [primeras noticias](#) sobre el taller de empleo que iba a iniciar la recuperación de este conjunto patrimonial, su [declaración](#) en 2007 como bien de interés cultural o el desarrollo de las [obras de consolidación](#) estructural.



Sobre la iglesia del convento, el *Yamur*

La rehabilitación del Convento de la Concepción es uno de los proyectos de recuperación del Patrimonio Histórico más importantes de cuantos se han puesto en marcha en Los Pedroches durante las últimas décadas. No voy a negar que me habría gustado que se realizara un estudio arqueológico completo del edificio (incluyendo un estudio paramental), pero ni los arquitectos ni el ayuntamiento lo han considerado necesario ni la Consejería de Cultura, que ha vigilado la correcta ejecución de las obras, lo ha pedido. En realidad, desde mi punto de vista personal y profesional habría sido magnífico. Pero debo reconocer que no era imprescindible, ya que la edificación histórica se ha conservado íntegramente y no se han realizado remociones del terreno que pudieran afectar a posibles restos arqueológicos. Las obras no han afectado a los restos arqueológicos ni arquitectónicos, por lo que esos estudios quedan pendientes para el futuro (qué se le va a hacer).



Huertos traseros, cuya conservación también se contempla en el proyecto

Tanto en este aspecto como en el conjunto de las obras desarrolladas, el criterio utilizado me ha parecido impecable. Y los pasos dados por el Ayuntamiento de Pedroche, los más adecuados para la conservación de este conjunto y, lo que no es menos importante, para hacer posible un uso futuro que, en definitiva, es la mejor forma de asegurar su pervivencia. El primer paso necesario para evitar una proyectada demolición total fue, precisamente, la compra del inmueble. Y, una vez que pasó a propiedad pública, se planteó con acierto una obra destinada a asegurar la estabilidad estructural del edificio. Obras cuyo **proyecto completo** (de 149 páginas) está a disposición pública a través de Pedroche en la Red. Previamente, el Ayuntamiento se había preocupado de encargar al Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico la restauración de ese elemento singular que corona el edificio, el *yamur*, que sugiere la posibilidad de que la antigua mezquita de Bitraws pudiera estar ubicada en este solar o en sus proximidades (ver noticias en [solienses: 1, 2, 3, 4 y 5](#)).



Vista del convento desde la torre de El Salvador

De esta forma se consiguió detener el evidente deterioro de un edificio cuya conservación, en contra de lo que entendió Llamazares, resultaba imposible para las cuatro ancianas monjas que estaban recluidas en una parte mínima del complejo.

Reforzando estructuras y evitando goteras. A partir de este momento, comenzó una segunda fase de rehabilitación, centrada en el interior. Una vez realizado el estudio arquitectónico del edificio, que presentó Antonio A. Ballesteros en las II Jornadas de Historia de Pedroche y que próximamente será publicado en las actas de dichas jornadas. No sólo se han cuidado al máximo los criterios de intervención, sino que los arquitectos se han preocupado

de explicarlos y publicarlos. En este proceso, y sólo después de asegurarse mediante los citados estudios, se procedió a demoler un añadido de escasa calidad arquitectónica edificado en la segunda mitad del siglo XX. Durante la limpieza de uno de los patios interiores, que estaba previsto pavimentar de nuevo, aparecieron restos bastante bien conservados de un empedrado original que puede datarse en el siglo XVII. Nuevamente de manera acertada, en mi opinión, se decidió que era conveniente la recuperación y conservación de este pavimento, desechándose cualquier tipo de obra que pudiera ponerlo en peligro.



El convento es fruto de numerosas reformas que han dejado huellas en el edificio



Patio con pavimento original, antes de su limpieza

No se ha demolido nada para construir un hotel. De hecho, el proyecto de construcción de un alojamiento turístico en el interior del convento parte de la necesidad de dotar a estos grandes espacios de un uso que asegure su conservación. Y para ubicarlo se ha escogido un rincón de

los huertos traseros donde nunca existieron edificaciones ligadas al convento. Precisamente, para evitar que un uso indebido pueda causar deterioros al Patrimonio Histórico. Y esta es la situación en que se encuentra actualmente un edificio que el Ayuntamiento de Pedroche se ha empeñado en conservar. Aunque no siempre sea fácil explicar a los ciudadanos por qué se invierte en este edificio en lugar de poner nuevas farolas o levantar las calles del pueblo. Pero Pedroche ha apostado por conservar su pasado para asegurar su futuro, y lo está haciendo bien.



El rincón de la derecha ha sido el lugar escogido para la construcción del alojamiento, con el fin de no introducir elementos que distorsionen la lectura del edificio histórico.

Efectivamente, sr. Llamazares, por desgracia situaciones como la que usted describe se dan demasiado a menudo todavía en nuestro país. Pero no es el caso de Pedroche. Y no es justo que cuando un alcalde y un ayuntamiento apuestan por la conservación de su Patrimonio Histórico y dedican a ello un importante esfuerzo presupuestario (planes de fomento del empleo, fondos europeos, etc.) en lugar de dedicarlo únicamente a adoquinar las mismas calles año tras año, venga alguien a echar por tierra su trabajo. No es justo.

El lilar de las monjas

Para Alejandro López Andrada

Estallaba la primavera aquella mañana en aquel pueblo de Andalucía al que mi acompañante y la carretera me habían llevado, no sé en qué grado de responsabilidad. Mi acompañante tenía alguna gestión que hacer en aquel lugar (aparte de entretenerme a mí, pues trabajaba para la organización que me había invitado a dar una conferencia en la capital del valle) y, mientras se resolvía aquella, aprovechamos para visitar el pueblo, que era francamente hermoso.

Su nombre no lo recuerdo, pero sí su emplazamiento en lo alto de una colina, arracimado como un enjambre de flores blancas y rojas (blancas por la cal brillante y rojas por los tejados, de barro árabe muy antiguo) a la sombra del castillo y de la torre de la iglesia y dominando el mar de dehesas que cubría toda la llanura hasta donde la vista podía alcanzar. La estampa, vista de lejos, semejaba una postal, tan definidos eran sus colores y los contornos de los diferentes planos.

Por dentro, el pueblo, de estrechas calles, con caserones decimonónicos y plazas llenas de limoneros, algunas de ellas también con fuente, denotaba su antigüedad, así como su decadencia. Tanto el castillo como la iglesia, a cual más fuerte y amenazante, indicaban su importancia en otro tiempo, pero su soledad, apenas rota por algún viejo o por alguna madre con niño que paseaban entreteniéndose el tiempo, denunciaba la pérdida de aquella en beneficio de los nuevos pueblos y de la capital del valle, menos antigua pero de más población y prosperidad. Algo, por otra parte, muy habitual en Andalucía, por donde la

Reconquista avanzó fortificando lomas y cerros, tan peligroso era el campo abierto, y donde la población tardó en descender al llano.

La visita duró apenas una hora, justo el tiempo que en el Ayuntamiento tardaron en resolver el asunto que a mi acompañante le había llevado allí, y nos disponíamos a dejar el pueblo cuando el alcalde, que apareció para saludarnos interrumpiendo la reunión a la que asistía en aquel momento, nos recomendó visitar antes de irnos las obras que estaban llevando a cabo en un antiguo convento con el fin de convertirlo en un hotel. Era su obra más importante, según nos manifestó.

El convento estaba cerca, así que le hicimos caso (tampoco teníamos mucha prisa; hasta la hora de comer aún quedaba un par de horas por lo menos) y buscamos calle abajo las paredes del antiguo convento de monjas de clausura abandonado por éstas hacía muy poco al quedar ya sólo cuatro y las cuatro muy mayores; un final triste para un convento que en el año 2024 habría cumplido los cinco siglos y para el propio pueblo, que veía así cómo desaparecía uno de los pocos signos de su relevancia histórica.

Ya a la entrada del convento (un bello patio empedrado al que se accedía desde la calle por un portón fabuloso) pudimos ver las obras que se estaban realizando en él. Dos obreros con monos de color ocre sobre los que destacaba el escudo del Ayuntamiento y —en la espalda— el de la institución y el plan que financiaban aquellas obras (lo que nos hizo entender que los obreros eran parados del pueblo) descargaban de una carretilla el escombros que acababan de sacar del interior, apilándolo en un montón junto a la puerta. Sólo se les veía a ellos dos, pero las voces y los sonidos que llegaban desde dentro indicaban que había más trabajadores y que la demolición avanzaba a toda velocidad.

Porque se trataba de una demolición. Aunque el patio y la fachada delanteros, así como el gran portón que

durante muchos siglos aisló a las monjas del vecindario pese a que muchas de ellas venían de él (la mitad había nacido en el pueblo), permanecían casi intocados, el interior del convento era un auténtico zafarrancho en el que, en lugar de armas, se usaban mazos y picos y en el que participaban no menos de veinte obreros de los dos sexos y de todas las edades y apariencias. Se veía que en aquel pueblo el paro no era una simple anécdota.

Aunque mi acompañante no era de allí, varios de los obreros lo conocían, lo que nos facilitó poder andar por todas las partes pese a la prohibición que había a la puerta; eso y la alusión al alcalde, que era el patrón, al fin y al cabo, de los obreros.

La impresión que daba el viejo convento, ahora roto y desventrado por las mazas como si fuera un animal caído (los antiguos objetos conventuales, incluidos los religiosos, se apilaban o rodaban entre el polvo y hasta las cacerolas de la cocina y el torno que durante siglos comunicó a las monjas con el exterior permanecían entre los escombros), era de una gran ruina, pero no la provocada por el tiempo, sino por los propios hombres, que es la peor ruina que se conoce. Eso sí, todos los muros permanecían en pie, lo que nos permitió reconstruir mentalmente, mientras recorríamos las diferentes estancias, los espacios que ocuparon las distintas dependencias conventuales, desde la iglesia al claustro o al refectorio y desde las antiguas celdas a las modernas; éstas —apenas una docena— construidas con tabiques de ladrillo muy ligero (de los que quedaban sólo los trazos en las paredes y sobre el pavimento) en lo que fuera una galería, seguramente por el mal estado de las antiguas, o por la escasez de monjas, o por ambos motivos a la vez. Y eso que, según nos contó una de las trabajadoras, familiar directa de una de aquéllas, el pueblo fue un semillero de vocaciones prácticamente hasta su final.

La mujer, que recordaba también cuando, de niña, venía a visitar a su tía monja y —más tarde—, junto con

sus amigas adolescentes, a pedirles a las monjas palodulce, una raíz que crecía en la huerta (mientras nos lo contaba, buscó entre los escombros por ver si quedaba alguna para enseñárnosla) y que era un dulce muy codiciado por los muchachos del pueblo en aquella época, a falta de otros elaborados, nos describió el estado del interior del convento antes de la demolición. Es increíble —nos dijo—, pero las monjas lo tenían todo limpiísimo y eso que ya sólo quedaban cuatro y las cuatro muy mayores. Y, para demostrárnoslo, señaló las paredes encaladas y la gran cantidad de flores que todavía brotaban en el antiguo claustro.

La huerta, ahora un solar, aunque entre los escombros allí apilados se veían aún algunos árboles, la mayoría de ellos ya secos, pero alguno todavía dando flor en su abandono, ocupaba toda la parte trasera del monasterio y concluía en el cementerio, un pequeño cuadrado escondido en una esquina y separado del resto por un pequeño murete. Varias tumbas cavadas en la tierra sin ninguna identificación visible eran todo lo que permanecía de la vetusta comunidad de monjas que durante cinco siglos habitó aquel monasterio y que ahora ya sólo era un recuerdo; una comunidad por la que pasarían en ese tiempo varios cientos de mujeres como estas que ahora lo estaban tirando, vestidas, en lugar de con el hábito monjil, con el mono color ocre con el escudo del Ayuntamiento.

—Se las llevaron —nos dijo una, señalando las sepulturas mientras, en unión de una compañera, arrancaba ramos de lilas del espléndido lilar que florecía en un rincón emborrachando el aire de la mañana. Era un lilar fabuloso y de gran antigüedad a juzgar por el tamaño.

Las mujeres se fueron con las lilas y mi acompañante y yo seguimos nuestra visita, que prosiguió perfumada ya por aquel olor que el olvidado lilar del cementerio de las monjas desprendía para nadie y quién sabe si por poco tiempo ya. La construcción del hotel que sustituiría al convento seguramente no respetaría aquel sitio en el

que durante cinco siglos encontraron sepultura y su destino las monjas que lo habitaron, incluida aquella que, según las trabajadoras, falleció en accidente de coche a la salida misma del pueblo cuando, en compañía del cura, iba camino del hospital, la primera vez que salía de la clausura en los treinta y cinco años que llevaba en ella.

—Aquí... Por aquí sería —comentó mi acompañante al dar la vuelta a una curva cuando regresábamos a la capital del valle. El pueblo quedaba atrás, colgado de la colina como un racimo de flores blancas sobre el que sobrevolaban las torres y las cigüeñas.

Nadie me creerá. Pero no miento al decir que, mientras nos alejábamos, superada la curva en la que posiblemente perdió la vida la pobre monja justo el día en el que volvía a este mundo, por el retrovisor fui viendo cómo la cal y las tejas del viejo pueblo iban perdiendo color y se volvían malvas como las lilas que de repente habían comenzado a invadirlo todo.

Julio Llamazares: «No soy pesimista, la pesimista es la realidad»

ESCRITOR

► El autor presentó ayer en el ciclo Letras Capitales su último libro, «Tanta pasión para nada», que reúne doce relatos y una fábula

M. ROSO
CÓRDOBA

Julio Llamazares compila historias sobre fútbol, guerra civil y posguerra, represión y soledad en su nuevo libro de relatos «Tanta pasión para nada».

—En sus relatos habla de personajes derrotados, fatalidades y destinos adversos. ¿Son malos tiempos para el optimismo?

—Yo no soy pesimista, la que es pesimista es la realidad. Yo simplemente miro a mi alrededor cada día y eso es lo que cuento en mis libros, según mi manera de entender la vida.

—¿Tan mal está la vida?

—Nunca ha estado tan bien. En términos generales, la historia ha avanza-

do. A largo plazo tampoco la va a justificar porque al final un libro acaba lleno de polvo en la estantería de una biblioteca. Si es que queda.

—Ha dicho que el escritor no escoge los temas, sino estos a él.

—Si escribes por necesidad, escribes de las cosas que te atañen y te afectan. Por ejemplo, hay un cuento que surge de una frase que escuché en un programa sobre Ángel González y el cuento que está situado en Córdoba («El lilar de las monjas», dedicado a López Andrada) salió de una imagen, de un lilar florecido en el patio de un convento que estaban derribando.

—La fábula «El día de mañana» anima a vivir al máximo el presente.

—A los que éramos de familia humil-



Julio Llamazares, ayer, posando para ABC

RAPHAEL CARMONA